

Jacques Derrida, un pensador monstruoso

*Juan Carlos De Brasi**

Refiriéndonos al simple sentido común —por así decirlo—, no puede haber amistad, hospitalidad o justicia sino ahí donde, aunque sea incalculable, se tiene en cuenta la alteridad del otro, como alteridad—una vez más— infinita, absoluta, irreductible.

DERRIDA

El cruce de dos géneros produce monstruos.

BUFFON

Presentar a Derrida

ESTUVE DANDO VUELTAS, girando sobre mí mismo, para presentar (me) a J. Derrida, para anunciármelo desde el comienzo.

El título de este anuncio es un imposible. ¿Pero, éste no es el mismo "imposible" que sus discípulos más dilectos y sus cultores más apegados han atribuido a la *deconstrucción* y a la *différance*? No respondamos inmediatamente. El apresuramiento lastima la pregunta. Ahora bien, si en el "origen" nos topamos ya con una re-presentación que lo ocluye (y la "obliteración del origen" es la *différance* misma), la *presentación* será lo originariamente abati-
do, y con ella toda percepción. Dejemos resonar la palabra derridiana tal como en *La voz y el fenómeno*, "y contrariamente a lo que la fenomenología—que es siempre fenomenología de la percepción— ("no ha habido jamás

* Filósofo argentino. Investigador de la problemática grupal, institucional y de la subjetividad contemporánea.

percepción"), se extenderá en la matriz de la presentación más exacta, que ya será <una representación de la representación?*, que se desea en ella como su nacimiento o su muerte".

Es así que el infinitivo (presentar) que alienta estos pasos en un camino marcado por sus rodeos, revierte el signo neutro de la lingüística, y de la gramática en particular. Para la flexión verbal el infinitivo es el lugar de lo no marcado, de lo sin huella aparente. Recién se harán evidentes con su conjugación. Ni antes ni después, conjuntamente. Pero resulta que el *presentar* ya está signado y consignado (asunto de *Mal de Archivo*) en la representación. .. Y esto es lo que repica en cualquier presentación, sea cual fuere. En una palabra, jamás ostenta un "grado cero" o un espacio "neutralizado" que sólo se desea "neutral", sino que mantiene un "espaciamiento" como indaga en la *La Verité en Peinture*, en el prólogo a *Un coup de dés* o en *La Diseminación*. De este modo retoma sus trazas, trazados, solicita sus rasgaduras, permanece surcado por la huellas que el infinitivo reúne y envuelve. Por eso no puede mostrarse más que como una representación de sí mismo, o sea: como un simulacro de presentación plena.

Sin embargo he querido conservar en este "presentar a Derrida" la nota de "resistencia" (*Resistencias del Psicoanálisis*) con que una verdadera operación de pensamiento horada el ser como presencia, y la retahila de nombres bajo los cuales actúa embozada. Sea en parejas habituales (sensible-inteligible, sujeto-objeto, significante-significado, real-ilusorio, etcétera), sea en fascinantes mandatos (coherencia, transparencia, legibilidad, sentido común, etcétera). Presencia que inunda el tiempo, la conciencia, el ego... Así el "presente" que es también una orden de existencia, se imposta como único, con su "aquí" y su "ahora" objetualizados. A la vez hace de sí mismo el regalo máspreciado —obsequiar un "presente"—, donde las estrictas normas de pasaje inhiben, precisamente, el tiempo como donación, que es por otro lado, amorosa, no mercantil, aunque sí estético-política (*Dar (el) Tiempo*). De igual manera el mundo se presenta a la conciencia. Y ésta, lumínica o intencional, le pone nombre, borrando lo inenunciable en la misma operación, lo hace objeto de vivencia, lo convierte en significado. Asimismo, la errónea suposición de que soy lo más cercano a mí, precipita un régimen identitario. ¿Quién más próximo-pró-

¹ En este aspecto siempre quedará estampada, para pensar y repensar, la extraña frase de Hegel, "yo no puedo decir yo".

jimo que yo-yo mismo?¹ Y es, en esa modalidad de chato sentido, que lo idéntico de la lógica y la lógica de la identidad bordan sus figuras con las distintas hebras de la presencia.

Presentar a Derrida será, pues, tachar la posibilidad de una presencia desnuda, doméstica y masticable. En cambio será el acto de *donar*—leyendo del revés una frase de Derrida en *Posiciones*,² reescribir (lo) mientras leo, lentamente. Se trata de un ritmo alargado en el decir de la escritura, que Nietzsche atribuía al "maestro de la lectura lenta" en *El crepúsculo de los ídolos*.

Introducción

Se trata nuevamente de una imposibilidad. Una introducción parece no "introducir" a nada, sino más bien a ofrecer una falsa continuidad entre las significaciones, las opiniones, gustos, creencias y lo que un libro pone en juego, tanto en sus líneas de sentido como en sus operaciones escriturales.

Era conocida la aversión que tenía Hegel hacía las introducciones. Representaban un intento, en general dídascálico, de acercar o ligar de manera externa aquello que sólo podía comprenderse siguiendo el movimiento de la cosa misma. De modo que una introducción buscaría "sintetizar" aquello que resulta imposible de ser reducido por principio, puesto que su *verdad* entraña el proceso más el resultado. Y la introducción resulta ser sin el proceso al cual simuladamente pretende introducir.³ Ello nos inhibiría, entonces, de realizar una introducción *a* la obra o *a* la problemática de Derrida. Aunque tal barrera nos abre una posibilidad distinta. No se tratará de una introducción *a* Derrida, sino de una introducción *de* Derrida, un interlocutor, un compañero de viaje cuya maleta no contiene avíos ni cierres. Una maleta que, quizá, no sea una maleta. Un viaje, quizás, que sólo sea el retorno de una travesía incalculable.

² También en *Parages*, un libro sobre M. Blanchot.

³ Y ni hablar de sustituir la introducción por un prefacio o prólogo, "si hoy en día resulta irrisorio intentar un prefacio que lo sea, es porque sabemos que es imposible la saturación semántica, y porque la precipitación significante introduce un desborde [...] ingobernable" (*La Diseminación*). A menos que ese prólogo lo disimulemos como el "prefacio híbrido" del renegado Maldoror o como el "eterno prólogo" de Macedonio Fernández.

Hoja de archivo

¿Para qué acudir en este momento a la imagen del archivo? ¿Por qué no dejarlo en manos de los albaceas que han detentado su autoridad y privilegio hasta el presente? En especial, los historiadores. Y, un poco a distancia, los antropólogos, sociólogos, etcétera. Se podrían esgrimir varios motivos, que desmotivarían cualquier apetencia o derecho único de propiedad. Uno clave, que se clava en el corazón del archivo, es que en él se amalgaman dimensiones éticas, técnicas, políticas, jurídicas y, aun, psicológicas. Otro, como apunta Derrida, es porque "se lo ha reducido con demasiada frecuencia" a "la experiencia de la memoria y el retorno al origen, más también lo arcaico y lo arqueológico, el recuerdo o la excavación" (*Mal de Archivo*).

Sintéticamente, en la desesperada y muy catalogada búsqueda de los tiempos primigenios. El mismo término "archivo" reúne, cruza, anuda en la *arkhé*, tanto el *origen* (en sentido físico, histórico) como el *mandato* (el *arkheion* griego era la casa de los arcontes, de los que daban órdenes). Así el mandato sale disparado de lo privado, de aquellos que mandaban desde el domicilio, hacia lo público, aquellos que acataban los dictámenes en el Agora. De modo que el archivo, *en y por* el archivo se autorizan los "pasos", los "pases" y los "pasajes", de lo privado a lo público, del comienzo —en su aspecto ontológico— a la ley. Con ello quiero enfatizar la enorme importancia institucional del archivo, quién tiene acceso a él; quiénes tienen sus llaves, hasta dónde es posible su consulta, ¿quiénes han sido llamados para configurarlo?, etcétera, es decir el archivo posee todas las marcas de entradas y salidas, de sus composiciones y descomposiciones, de sus anhelos y prohibiciones. Pero una cosa es segura: el archivo no soporta lo estanco, la compartimentación. Su tendencia instituyeme es la de reclamar la consignación, no sólo la "prueba escrita" (consignatio), sino la "ratio" misma de su constitución. "El principio arcóntico del archivo es también un principio de consignación, es decir, de reunión" (*ibid*).

¿Qué pasará entonces con instituciones —por ejemplo las del psicoanálisis— que exhiben la división como un "principio fundante" de sus devenires. Es más, ¿habrá devenir posible con un estatuto semejante? Dejemos flotando esta pregunta. Y el último, que toca específicamente al horizonte de este texto, es que "nuestro" archivo entraña un simulacro del origen y del mandato, pues las hojas, menciones, trazos, arrojados al viento desean convertirse en él, y no en fichas de consulta u órdenes de registro.

**Falsas entradas. Falsas salidas.
Paraísos sin nombres apropiados**

Las *temáticas* que, parecen convocarnos están plenas de huellas evanescentes. La *deconstrucción*, la *différance*. Nombradas así ya son algo, quedan, de entrada, sumergidas en el ámbito de la evidencia. Las perdemos antes de comenzar a indagarlas, a someterlas al universo donde una pregunta deja de tener sentido, para adquirir una fuerza que siempre la rebasa (*Fuerza y Significación*), (*Ousía y Grammé*), donde los caminos de lo negativo van delineándose mediante sinuosos e insinuantes laberintos. Subrayé las *temáticas* y al hacerlo les atribuí un eje o muchos principios de organización, "organizadores" centrales y secundarios que ordenan, a su vez, hilos, ilaciones discursivas regidas por la coherencia para una escucha similar o una legibilidad transparente para un ojo atento, cautivo de su propia mirada. O sea: de su conciencia activa, presente en la acción de leer. Así las *temáticas* aseguran la continuidad, exigen la indivisibilidad, la adecuación de los "hilos discursivos" a la positividad de los objetos que tratan o se esfuerzan por construir en "tratados". Para ello es preciso excluir, y en el límite demonizar, los cortes, las interrupciones, los balbuceos, las hebras de discurso que deshilachan el significado de un texto, la armonía de una forma o la sintonía de un decir. Pero las *temáticas* albergan además de la unidad de los temas, las marcas asimétricas de la diáspora de *las temas*, exactamente lo que señala el deslizamiento de las locuras —es también uno de sus significados— cuando la dispersión opera sin poder instalarse, encontrar un lugar fijo, designable y apropiado. Y es por ellas que ocurre mucho de lo que tanto *deconstrucción* como *différance*⁴ desencadenan. Exhalan eso que el Pseudo-Dionisio en *Los Nombres Divinos* ¡[*amaba*. <la locura de Dios>, infinitamente "más sabia que la sabiduría humana". Loca sabiduría la de Dios (borrado del nombre que está más allá del ser), porque es

⁴ Es observable que en la labor textual, propuesta en este escrito, están inscritas de distintas maneras, aunque casi siempre en la misma línea. No se trata de que sean iguales, o asimilables una a otra. Por el contrario mantienen sus diferencias, pero continuamente dentro de una *cadena de sustituciones*, donde son intercambiables, entre ellas y con todas las demás (escritura, rastro, suplemento, etcétera). Por otro lado la idea "fuerte" de este trabajo es que sin la explicitación de la noción de *différance* —con sus relevos, entramados y consecuencias—, la seriedad de la problemática derridiana podría quedar sujeta a las *coqueterías* de sus apropiaciones y expropiadores.

atópica, excedida de los *tópicos* y *los topos*, engarzada e hilvanada por los *átomos*, término que designaba a los absurdos, los extraños, los locos. Este acercamiento, una referencia así consignada, no deja de tener sus consecuencias; consecuencias negativas para la *deconstrucción* y la *différance*, si ellas fuesen "efectos" o parientes teológicos de alguna doctrina. Obviamente estoy aludiendo a la filiación que se les endosa con la "Teología Negativa" y otras posiciones que van desde el nihilismo extremo hasta un extremado escepticismo, de "aquellos a los que se llama <deconstruccionistas>, que forman una secta, una cofradía, una corporación secreta, o más vulgarmente, una banda, una pandilla, una mafia" (*Como no hablar. Denegaciones*).

¿Una teología negativa?

"¿Por qué este lenguaje?, ¿Por qué no recuerda fortuitamente al de la vía negativa o al de lo que demasiado comúnmente se denomina la teología negativa?" (*Aportas*).

Todo semejaría indicar que el endoso, también de un cheque incobrabable o de un "oro" irrecuperable, es la figura de una acusación deleznable: mafioso, pandillero. La persona por la cosa. Cosa común en el pasaje de una problemática al tono coloquial, a los enredos familiares. Es cierto que ante la demanda de qué sea la *deconstrucción* o la *différance* (con *a*), la respuesta, o su persistente desaparición, arranca siempre con un *no*. "No se pueden definir", "no son parte de una filosofía del lenguaje", "no son técnicas de desciframiento", "no son procedimientos de lectura", "no son una teoría de la escritura", "ni método, ni técnica", "ni análisis, ni crítica, etcétera".⁵ Aunque las respuestas en plural son, a menudo, una manera de no contestar (inme-

⁵ Estas caracterizaciones y sus motivos se encuentran en casi todos los textos de Derrida, pero están condensados claramente en *Psyché. Invention de l'autre* y en *Memorias para Paul de Man*. Un refrendo de lo anterior para la *deconstrucción* y la *différance*. Su asunto estriba "de cabo a cabo (en) la cuestión de la traducción" y no por eso se debería creer que "la palabra deconstrucción se adecua, en francés, a alguna significación clara y unívoca" (*Psyché*). "Ante todo, le diré que su preocupación sobre la dificultad de traducir ese concepto (*différance*) va dirigida al propio corazón del problema. Es una palabra intraducible a cualquier lengua, incluso diría que ni en francés, dentro de esa economía que supone cierta sintaxis latina, no es sustituible por ninguna otra palabra" (*No escribo sin luz artificial*). "Varias veces he insistido que la deconstrucción no debe reducirse a un método, (ni) a una técnica con sus reglas y sus recetas", "¿lo que la deconstrucción no es? ¡Pues todo! ¿lo que la deconstrucción es? ¡Pues nada! (*Psyché*)".

diatamente, en presente) al interrogante: ¿qué es la *deconstrucción*? No es, por eso lo otro: *différance*. Ahora bien, ¿por qué los no se vuelcan rápidamente en la bolsa de la Teología Apofática? Lo mismo ocurrió en el enunciado sobre la falta, en la noción de deseo, de Lacan. Como si la negación no pudiera inscribirse en un primer boceto en la negatividad de la dialéctica hegeliana, en la negación de todos los valores", la transvaloración nietzscheana o la *Verneinung* freudiana. No digo que habría que hacerlo, sino que pudiera suceder. Aunque aquí, como sabemos, se trata de rubricar una *différance* con todas ellas. Por otro lado cuando se dice "Teología Negativa" surge un sistema de complicidades más o menos estatuido. Se trata de ese borde "virtual y móvil" entre lo sobreentendido y el malentendido. Ese mutuo rebasamiento entre el uso y la mención, el manejo coloquial de la lengua y su dislocamiento, la falta de ajuste que se da en el lenguaje mismo. Como recuerda Derrida la expresión "teología negativa" es "demasiado tosca y vaga, resultaría todavía inadecuada". Para librar seriamente un debate al respecto haría falta "clarificar esa denominación estudiando, corpus, escenas, recorridos y lenguas muy semejantes".

Marcas, evitaciones, tachaduras⁶

No cabe duda de que en su pensamiento hay marcas o *différance* sin rastro. Marcas de marcas que no se ubican en diferentes registros o instancias (modelos de presencia), sino que participan —como se afirma en *La voz y el fenómeno*⁷— sin causa ni origen. Y sabemos o intuimos el poder y la función de ese *sin* en la lengua. Por ejemplo, en las oraciones —no exentas

⁶ "Esta alteridad radical con relación a todo modo posible de presencia". "Para leer las marcas de las marcas <inconscientes> (no hay marca <consciente>) el lenguaje de la presencia, o de la ausencia, el discurso metafísico de la fenomenología es inadecuado" (*Marges de la Philosophie*). Por otro lado hay que tener en cuenta que para Derrida al pensar un corte cualquiera éste no "muere un todo ni un absoluto, sino que muere ya en un corte"—(*La Tarjeta Postal. De Freud a Lacan y más allá*).

⁷ Ahí dice: "el aparecer de la *différance* infinita es finito él mismo. Desde ese momento, la *différance*, que no es nada fuera de esta relación, llega a ser la finitud de la vida como la relación esencial consigo como su muerte. La *différance* infinita es finita. No se la puede pensar, pues, ya, en la oposición de la finitud y la infinitud, de la ausencia y de la presencia, de la negación y de la afirmación".

de malicia— "Marx fue un revolucionario *sin* revolución", "Freud un psicoanalista *sin* psicoanálisis" y demás advertencias (¡cuidado!), *sin* darnos cuenta que filtramos el "margen" de lo no pensado", el *sin* hace diverger, disocia la atribución singular de la generalidad esencial: revolución como ser-revolucionario en general, psicoanálisis como ser-psicoanalista y psicoanalizado en general. Por otro lado *evita* la abstracción relativa a todo nombre común, y transforma en afirmativa su negatividad, la viabiliza o como señala nuestro autor "deconstruye el antropomorfismo gramatical". Claro que esta adherencia de la "teología negativa" —una entre tantas fascinaciones como él acepta— siempre será pertinente, pero ella no es un indicador de pertenencia. Según mi apreciación, y por los ritornellos de la obra, es necesario pensar, más bien, la negatividad en la *denegación* (una negación que se niega a sí misma) distanciada de la psicoanalítica —hasta haberse realizado su deconstrucción— e incluida en la ruta de la "evitación" heideggeriana. Heidegger ha lanzado la consigna, la propuso como tal, de "evitar"⁸ la palabra ser. Si fuera posible equiparar denegación y evitamiento, sería el resultado de una tarea no de una elección anticipada. De todos modos algo sigue trabajando en ellas, la *différance*. Escribir ser, pero constantemente bajo tachadura que tenga la forma de una cruz (Kreuzweise Durchstreichung), imagen de un cruce antelativo al nombre y de un signo no convencional y meramente privativo, pues él muestra, exhibe las cuatro regiones de la Esfera (des Gevierts): la tierra y el cielo, los mortales y los divinos. Dicha cuaternidad⁹ se reúne en un "lugar de cruce" que concita hacia sí "lo más alto y lo más extremo". La tachadura operaría, bajo un dejo de prohibición condicional, en dos sentidos. Uno que apunta a la legibilidad del término. Así puede, todavía, ser leído y tratado como una faena de desciframiento. Pero no se debería pronunciarlo. Otro que lo

⁸ Derrida desarrolla una perspectiva del "evitar" heideggeriano en *De L'Esprit. Heidegger et la question*.

⁹ La cuaternidad podría pensarse, entre otras variaciones, en un plano topológico, fuera de toda enumeración, más allá de cualquier orientación geográfica o cósmica. Quizás, sea más preciso decir que requiere un "análisis situ", un nombre previo de la topología, que esta sustituyó después de 1940 acorde con las operaciones que en cada lugar (situ) se están realizando. No está demás "asociar" la cuaternidad heideggeriana expuesta en *Ueber die Linie* con el RSI borromeico tal como lo diseña Lacan. El cuarto (cuaterno) eslabón que veda la disolución de la cadena compuesta por lo Real, lo Simbólico, lo Imaginario, estaría constituido por el "sinthome" y el anudamiento "crucial" que éste produce.

delega a ser objeto de un uso común, como un poblador infaltable del habla cotidiana. La función esencial en ambos sentidos no es la de evitar, sino la de que el ser sea puesto en el mismo plano que en el de un objeto cualquiera. Ella tiende a sustraerlo de una *representación objetivadora* (*Vorstellung*). Tal es el cometido de la tachadura: volverlo inaudible, sordo (aquí muerde la crítica del "fonetismo"), aunque siga siendo "legible" de un cierto modo. Es el mismo juego en el que se inscribe la *différance* derridiana. "Ahora bien, si la *différance* es; pongo el es bajo una tachadura";¹⁰ donde ella se deja leer, pero permanece inaudible. Y en paralelo con el "Geviert" (cuadrante) y el "Ort" (lugar) heideggerianos también la *différance*, en cuanto sustento y ligadura de la deconstrucción, parece difícil —cuando no imposible— traducirla.

Un destino común al del ser, tendría que ocurrir con su opuesto simétrico: la nada. Ella debería "leerse y escribirse bajo tachadura". De ese modo queda barrada la "nada" que alimenta los discursos sobre la negación, la negatividad o el nihilismo. Y que el ser y la nada sigan siendo escritos quiere decir que, aún, deben seguir siendo pensados, aunque en ellos, como suscribiría Heidegger, "el pensar ya no tenga tarea".

Pero la "evitación" se ofrece también *sin* tachadura. Y ello ocurre a propósito de Dios. En relación al pensamiento sobre Dios es preferible "no dejar venir... la palabra ser". Lo recuerda, asimismo, en una transcripción de su intervención ante los estudiantes de la Universidad de Zurich, en 1951, donde aclara que "el ser y Dios no son idénticos". Y lo refrenda con una frase que ha circulado sin demora, sin que se haya *evitado* su publicidad, "si yo tuviese todavía que escribir una teología, a lo que a veces estoy tentado, la palabra <ser> no debería aparecer en ella".

El asunto se radicaliza. En su "tentadora", apenas lanzada, *teología* la palabra ser ni siquiera se tacharía, simplemente estaría aniquilada. Lo cual, a nosotros, nos traería la evanescencia de una, varias huellas.¹¹ ¿Llegados a este

¹⁰ El texto de Derrida *La Différance*, tiene según mi apreciación en estatuto similar a *Sobre el Ser* (traducción abreviada de *Zur Seinsfrage*) de Heidegger, ya que en él aparece, fuera de la representación convencional del signo, una idea de contraposición al significante, a la transparencia, a la representabilidad y a la oposición que se da entre mundo sensible (significante) e inteligible (significado).

¹¹ Como subraya Derrida, "Heidegger ha escrito, con y *sin* (without) la palabra <ser>, una teología con y sin Dios. Ha hecho eso que dice evitar hacer. Ha dicho, escrito, dejado escribir eso mismo que dice querer evitar. No ha sido sin dejar una huella de todos esos pliegues. No ha sido

punto qué podemos aventurar? Que en la *différance* transcurren las huellas de los pliegues de la "evitación" —incluso de sí misma— heideggeriana y de la, todavía no desmontada, "negación" freudiana. Las cuales a su vez, despliegan algunos de los pliegues sobre las cuales están replegadas, sin saberlo a ciencia cierta. Todo eso nos llevaría, sin quererlo ni pensarlo, a las huellas —"archihuellas"—, a los pliegues de pliegues que envuelven a cualquier pensamiento sobre la diferencia, y más cuando ella transita por las vías de la *différance*. Una acotación. Por otro lado lo que venimos exponiendo, su propio régimen, nos *expondría* a considerar —cosa que no haremos aquí— la relevancia de la "huella" en Freud, del *Zwiefalt* (dos que son uno) en Heidegger y del "pliegue" en Deleuze.¹² Y desde ellos, lo que el pensamiento abre en la diferencia, aún de aquella que roe por dentro los sueños de compactas identidades.

Différance-deconstrucción, esos imposibles

"Es inútil recordar que la deconstrucción (y la *différance*) si la hay... tiene lugar —lo he dicho con demasiada frecuencia— como experiencia de lo imposible" (*Resistencias del Psicoanálisis*). Pero ni siquiera es ahí donde se detiene el movimiento, la continua mutación deconstructiva. En *Psyche. Inventiones de l'autre* la imposibilidad de la deconstrucción es intensificada como "una determinada experiencia aporética de lo imposible".

Y es por ese camino de imposibilidades que circulan el "don", el "deber", la "justicia", y demás aporías que surgen con la anticipación de la muerte —rasgo humano por excelencia—, en el esperarse "(en) <los límites de la verdad>", en la constelación misma de las aporías. Y ellas, aquellas que indagamos, no pueden eludirlas.

Entremos, ahora, al laberinto. Hagámoslo con la necesaria cautela que inspiran sus trazados. No digamos qué es la *différance* {o la deconstrucción} sino vayamos, pensándola, dejándola venir. Sin embargo cabe otra op-

sin dejar aparecer una huella de eso, una huella que no es quizás la suya, pero que es *casi* la suya" (*Como no hablar. Denegaciones*).

¹² Las transformaciones que inducen los textos es constante. En el "Proyecto...", en el "Block...", etcétera, maquinan y se asocian con otras "marcas". En *Moira* de Heidegger, el ente, se piensa en el pliegue de ser y ente de modo participial, sin que lo gramatical intervenga en el saber del lenguaje. Deleuze en *El Pliegue* despliega a Leibniz sobre el barroco, y viceversa.

ción, liquidar rápidamente el asunto, atribuirle un ser o un significado que, después, estipularemos tajantemente que no existe —ni en su realidad ni en su idealidad—, pues supone un esencialismo reductor, capturador o lo que se quiera. Así, velozmente, como un vaso de refresco podemos echarnos la *différance*, o la *deconstrucción*, tan "alambicadas", por no etiquetarlas de "sofísticas". He aquí algunas aseveraciones, "la fuerza dinámica del lenguaje, el mecanismo que el análisis deconstruccionista pone de manifiesto es denominado *différance*". Otra "la *différance* señala (es una orientación una señal) como el significado es a lo estructuralista, un producto de diferencias, y al mismo tiempo como este significado está diferido en el tiempo". Todavía, *la différence*. Aunque sería una ingenuidad —en la que se cae a menudo— comprender la *différance* por la demora, por una postergación que la haría finalmente transparente para el sentido común.¹³ Estimo haber dado algunas pistas —de esas de "patinaje"— por las cuales una "presencia" así de la *différance* la vuelve totalmente impresentable,¹⁴ no felizmente irrepresentable.

Ya en el laberinto, resonando en sus circuitos, sugeriría una puntuación para andar en él. Andar no es dejarlo atrás, sino aprender a vivir en sus intensificaciones. Retornemos a una pregunta sobre lo obvio. ¿Cómo piensa Derrida la problemática de la diferencia?

A través de otras. No es una respuesta, es el balbuceo de un responso. Pero algo ya resta dicho, que no se puede abordar directamente. Hay que circularla, bordearla sin roturar sus bordes, peri y parafrasearla, (el parentesco con las vicisitudes de las pulsiones en Freud es inevitable) arriesgarla en el "discurso indirecto libre",¹⁵ indicarla por sus huellas e incitarla, preci-

¹³ Todavía hoy se sigue creyendo que el acceso a cualquier discurso debe ser objeto de una rápida manducación, donde la claridad de la argumentación se confunde con la masticación. Sin embargo "suponer que existe un modelo de inteligibilidad natural e inmediatamente dado a todos, en la calle, por ejemplo, en la prensa o en la televisión, es un engaño y a veces un hondo falseamiento. ¡Aún en la calle y en los medios de comunicación, el lenguaje en apariencia más accesible está marcado por tantos códigos, subcódigos, y, en consecuencia, por tantas exclusiones! Quienes exigen a los filósofos (literatos, psicoanalistas, etcétera) que "hablen como todo el mundo" deberían reflexionar sobre ello (*No escribo sin luz artificial*). (Se trata de *Marges de la Philosophie*", de cuya edición castellana deberíamos hacer un largo comentario, comentario a su vez, que no puede dejar de rozar la traducción y sus problemas).

¹⁴ De ahí que hayamos volcado en el comienzo una cierta aporía: "Presentar a Derrida".

¹⁵ Para captar los agenciamientos y la capacidad de generar enunciaciones colectivas de tales "regímenes", sería interesante consultar *"El Marxismo y la Filosofía del Lenguaje"* de Mickhael Bakhtine (Batjín) y *"La Experiencia Herética"* de P.P. Passolini.

samente, en el lugar no demarcable de sus marcas. Ahora bien, el abordaje de la diferencia, implica des-abordar otras que se han plegado a ellas sin serlo, tales como la "distinción", la "desemejanza", la "disimilitud" y demás términos que el lenguaje ordinario convirtió en sinónimos. Más cerca parece estar la propia diferencia con ella misma, por lo menos respecto a las formas que enfocan la diferencia partiendo de lo "diferente".¹⁶ Así el rumbo queda extraviado en los pasadizos. Retornar sobre un semicírculo del laberinto entraña aproximar la diferencia hacia esa a, hacerla prójima de un pensamiento, "evitativo, retraído y retrazado"¹⁷ permanentemente como *différance*. Pero —la adversativa es también de Derrida— se apreciará enseñada que nuestra remisión a la Teología Apofática no era sólo una ocurrencia. "Sin embargo —aclara nuestro autor— los rodeos, los periodos, la sintaxis a la que a menudo deberé recurrir se parecerán, a veces hasta confundirse con ellos, a los de la Teología Negativa" (*Marges de la Philosophie*). Al remarcar hasta el cansancio que la *différance* no es ni existe, se destaca "todo lo que no es, es decir, todo; y en consecuencia que no tiene ni existencia ni esencia. No depende ninguna categoría de ser alguno presente o ausente" (*ibid*).

Pero volvamos a la a (francesa)¹⁸ de la *différance*, donde la diferencia es pensada en su novedad y desde su despegue. La palabra que surge a través de la incorporación de la letra, busca diferenciarse de la palabra —dicha o no— y la letra tal como han sido concebidas hasta hoy, o sea: como unidad.¹⁹ Recordemos que en Heidegger la palabra "primordial" es el fundamento (Grund) de todas las demás. Como tal es única en su unidad. Una de ellas, no podía ser de otro modo, es "ser". Otro tanto pasa con Lacan. Para él la letra es indivisible, se produce en remisiones unitarias, es decir la materialidad del significante y del significante de los significantes —el Falo— no soportan la *partición*. Entonces la "lógica del significante" a

¹⁶ Recordamos que desde Hegel la "diferencia" se opone a lo "diferente". Este pertenece a lo igual, a lo consistente "en si" sin "otro", ni "otredad". Mundo natural. Mientras que la negatividad es diferencia que deviene como tal porque desde el comienzo requiere de lo otro para ser tal, sino sería solamente una negación reflexiva, un juicio negativo o un *no* consciente.

¹⁷ Con esto hago alusión a *La Retirada de la Metáfora*.

¹⁸ Poner "a (francesa)" responde a la exigencia que piden los textos de Derrida, p. ej. respecto de la traducción (*La Filosofía en su Lengua Nacional*), su concepción de la escritura y al desguace radical del fonetismo.

¹⁹ Poner en cuestión la unidad "palabra" es la tarea de *De La Gramatología*.

pesar de suponer la escisión (*Spaltung*) del sujeto, reenvía sin cesar a una variante de las lógicas identitarias. En cambio la letra en Derrida parecería estar suspendida de una exploración inacabable de lo indecible,²⁰ indecible e impenetrable, para un principio unificante.

La *différance* no es ni un concepto, ni una palabra. Tampoco es previa o posterior a ellos, puesto que ya supondríamos una sucesión temporal, una cronología o una cronotopía del concepto y su expresión hablada o escrita, en el sentido corriente de estos términos. Es entonces cuando uno está tentado a hallar semejanzas —falsas salidas del laberinto— con otros vocablos. ¿Será el "existenciario" heideggeriano?, ¿lo "antepredicativo" de Husserl?, ¿el "inconsciente" freudiano?, ¿lo "indeterminado" o "indefinido" en general?, ¿un magma estructurante? O ¿todo ello, y mucho más, en un simultaneidad enceguedora? Pero la *semejanza* es sólo un efecto de presencia, de *parecidos* que intercambian sus cualidades y posiciones sin sufrimiento ni fuerza alguna. En cambio la *dynamis* (*Fuerza y Significación*) es constitutiva de la *différance* a la que nutre como un bordeamiento divisible, no clausurable, entre la vida y la obra, el cuerpo y el corpus que no pueden capturarse bajo el nombre de un autor, y, quizás bajo ningún nombre propio.²¹

Sin embargo las resonancias no se ocultan, surgen tal cual, pues la *différance* "se escribe o se lee, pero no se oye", respecto de la *différence* francesa. Esa a es lo que se ofrece para pensar, y en demasía. No dilatare-

²⁰ Mallarmé en < *Tableau de la Littérature Française*.

²¹ La serie problemas estrictamente concatenados que atraviesan el nombre antes del nombre, el nombrar en general, el nombre propio, la complejidad de la operación de firmar, etcétera está lanzada en diversos textos de Derrida, p.ej. *Margés, L'oreille de l'autre, Glas, La Diseminación*, y antes en *De la Gramatología, La Voz y el Fenómeno, La Escritura y la Diferencia*, etcétera. Respecto al asunto del nombre, en especial, el escrito *Khóra* lo pone en juego con toda su potencia, así como el efecto —sin causa— llamado "platonismo" que desencadena la firma de Platón. "Ella está definida por un sistema simbólico de convenciones (cheque, carta, cuadro, etcétera) sin el cuál no vale nada. Por eso la firma, sea de quién fuere, no está dentro ni fuera, sino en el límite. Respecto del nombre propio en general, debemos enfatizar que no se puede confundir con el patronímico (Joyce, Lacan, Bataille). Es un conjunto singular de apelaciones, marcas, trazos, ligazones, etcétera, con ayuda de las cuales alguien puede dar sus señas de identificación, llamarse a sí mismo, y demás cuestiones. De ahí surge la dificultad, constantemente ignorada, de reducir el nombre propio al patronímico, endosándole, p. ej., a la vida de un autor, los procesos de su escritura. Para elucidar algunos aspectos referentes al *nombre propio*, me permito remitir al "Apéndice" de mi libro, *La Explosión del Sujeto*.

mos en exceso la cuestión, pero hay que señalar lo que desaparece si aparece omitida. En primer lugar la *différance* (no su equívoca traducción como diferencia) es, sin presentar, la marca del despliegue de la diferencia ontológica (a la que no escapa la "sexual"),²² y la señal del movimiento de ese despliegue. En segundo lugar "su inaudibilidad" (diseminación, indecibilidad, etcétera), similar a la de una tumba, juega en el espectro donde se da una "economía de muerte". Desde ese ángulo podría ser una introducción de la "pulsión de muerte" en lo irrepresentable del escrito mismo.

De ese modo, el régimen de efectuaciones de la a, cancela las oposiciones, dicotomías en general y, en especial, la fundadora de la metafísica occidental, la que se establece entre lo sensible y lo inteligible. Así lo insostenible, sea llamado "siniestro", "indecible", "angustia", "innombrable", o como se quiera, transita, es pasado (aún en sentido temporal) de lo "sensible" a lo "inteligible", de un polo a otro, y entre los cuales se operan ciertas transformaciones que recorren las innumerables gradaciones entre el mal y el bien, lo superficial y lo profundo, la presencia y la ausencia, etc. Simetría de los contrarios que las historias compartidas y las oportunidades repartidas, se encargaran de sellar en algún punto de conciliación. ¿Pero si la a —letra partible en dimensiones no anticipables en ningún lado— no se desliza en planos de oposición, dónde lo hará? En múltiples textos Derrida señala, disolviendo las "positividades" con un pensamiento "afirmativo", el intervalo en el que transcurre y troca sus máscaras, hiriendo los antagonismos, "la *différance* tal como se escribe aquí, no es más estática que genética, no es más estructural que histórica". De ese modo boceta los caminos de sus propias circulaciones condicionales, "si consideramos ahora la cadena en que la *différance* se deja someter a un cierto número de sustituciones *no* sinonímicas, según la necesidad del contexto."²³ Por qué recurrir a la <reserva>, a la <archiescritura>, al <archirrastró>, al <espacia-

²² Para este asunto es interesante consultar *Fourmis* que forma parte del texto *Lectures de la Différance sexuelle*.

²³ Acorde con el acto que se lleve a cabo, es decir en el lugar preciso dónde acontece una labor deconstructiva. Valgan unos pocos ejemplos al respecto, para no extendernos demasiado, la "huelga" o la "archiescritura" en *De La Gramatología, Da Escritura y La Diferencia*; el "parergon" en la *Verité en Peinture*, la "marca", la "grammé" o la "firma" en *Marges de la Philosophie*, el "pharmakón", el "or", el "himen", en *La Diseminación*. O para dejar un punto aparte, el "espaciamento" y la pluralidad de filiaciones —como todos los términos aludidos y los no mencionados— a que está sujeto dicho acto, en *El Origen de la Geometría, La Diseminación, La Verité en Peinture o Glas*.

miento>, incluso al <suplemento>, al pharmakon, pronto al himen, al margen-marca-marcha, etcétera. Podríamos seguir agregándole eslabones, que refuerzan la cadena debilitando cualquier uso totalizador, como "huel-la", "parergon" (lo accesorio o anecdótico como clave de lectura), "entame" (merma en el comienzo, que corta el corte de su plenitud), "firma" (que no está dentro ni fuera del texto), etcétera.

La consecuencia del incesante resbalar de la a —esta verdadera *labrys*²⁴ como me gustaría llamarla— implica una metamorfosis del concepto de signo, que ya no puede ser un "constituyente inmediato", presente a y en la lengua. Guiado por la *différance*, entonces el "signo" es lo que debe ser rodeado, pues sería "la presencia diferida", y no el "aquí" y "ahora" ubicado diacríticamente en la "cadena signifiante". Su valor, el valor de su fuerza, será el de una incitación al circunloquio durante el cuál se producen ramificaciones,²⁵ evitación de la presencia, principio rasgado de su conformación.

La a no sólo nos pone sobre una pista, nos orienta en el rango de una indagación acerca de la diferencia, sino hace que la "problemática de la escritura" sea lanzada "con la puesta en tela de juicio del valor de arkhé. Se recordará que arkhé componente básico de la palabra "archivo" operaba en la bifurcación de "una que son dos" (*Zwiefalt*) significaciones: como *origen* y *mandato*.

Pero no sólo en cuanto inhibidora —corte en el corte— de un origen, también de un "telos" (fin) y de un *ekhatos* (medio, mediación), siempre designadores de una presencia, elevada, progresivamente a una omnipresencia. De modo que "la *différance* será no solo el juego de las diferencias en la lengua, sino la relación del habla con la lengua, el *rodeo* también por el cuál debo pasar para hablar, la prenda silenciosa que debo dar²⁶ y sobre

²⁴ El Labrys era un hacha de doble cabeza que sir Arthur Evans halló, en cantidades considerables, pintadas sobre las paredes del palacio del Rey Minos de Creta, en Cronos. Se afirma que ahí estaba el célebre laberinto. Creo que no es necesario subrayar el estrecho parentesco de Labrys con laberinto, y del instrumento (hacha de doble cabeza) con las operaciones que esa a puede inducir.

²⁵ Son las interminables "rizomatizaciones" a que la "máquina" deleuziana, funcionando mediante cortes y flujos, somete al libro tal como se lo concibe clásicamente. Para ello ver <Rizoma> en *Mille Plateaux* de G. Deleuze y F. Guattari.

²⁶ A propósito de ese *dar* (cuya raíz, según Benveniste, es la misma que la de *recibir*), sus contraposiciones y aporías, ver *Dar* (el) *Tiempo* y *Donar la Muerte*.

todo "un juego de marcas, es preciso que sea una especie de escritura avant la lettre, una archiescritura sin origen presente, sin arkhé". La trama de marcas deshechas a su vez por marcas, que rondan por fuera de cualquier variante causal, puesto que tanto causa como efecto son viejos nombres generadores de presencias. Así la *différance* iniciará su circulación, es decir, reiniciará su marcha como "obliteración del origen", ni perdido, ni recuperado, sino "archimarcado". Y si en el origen se intentó creer hallar lo arcaico "en estado puro", ahora soslayamos que lo "simple" está impregnado de una espesa contaminación. "Lógica de la contaminación", del "injerto" (*La Diseminación*) que anida en todo origen, deshaciendo su original pureza, según el orden de las distribuciones a que sea sometido, puesto que la misma *originalidad* está ligado a él, infectada desde un comienzo fechado o mítico. Por otro lado dichas lógicas son colindantes, realizan sus marchas y contramarchas, acompañadas por ciertas "reglas de demostratividad", verdaderos regímenes de afección, que tienden a mostrar lo inadecuado de la noción de *género*, a favor del entrelazamiento en el mismo corpus de dos o *mis géneros*, p. ej. el filosófico y el literario, Hegel con Genet, en "*Glas*" o Husserl con Poe, en *La voz y el fenómeno*. Así en las *palabras de orden* (identidad, representación, coherencia, etcétera) albergan los seísmos que parecerían reinar sólo en los vocablos des-ordenados (*Entrevista con Guy Petit de Manges, El Lenguaje y las Instituciones Filosóficas*).

Entonces las precauciones, ante la incisión que labra el doble filo de la a-labrys, nunca son suficientes. Así uno deja de tomarlas o decide mero-dear, vagar por los dédalos, para acceder, brevemente, a la cruz del laberinto:²⁷ la deconstrucción. Término, cuya utilización —como todas donde interviene la *différance*—debería ser des-terminado.²⁸

²⁷ Se podría suponer que la tachadura inducida por la *différance* semeja la "cruz" que caracteriza el movimiento, no sólo la circulación, de un laberinto. El ángulo inferior izquierdo (A) es la primera vuelta. El superior izquierdo (B) y el inferior derecho (D) señalan el punto de giro del viaje. Y el ángulo superior derecho (C) es el último, previo a la salida, es decir, al re-comienzo.

²⁸ La idea de *desterminación* está desarrollada en mi libro *La Monarquía Causal*. Con ella trató de hacer virar, acotar y restringir la causalidad tal como ha sido formulada tradicionalmente. Por otro lado intento discriminarla de la "determinación" y la "sobredeterminación", evitando la fusión a que se las condena habitualmente.

La *différance*. Afirmación en abismo

¿Podríamos nombrar afirmativamente la *différance* sin arrancarla del *humus* negativo? Estimo que sí.²⁹ Las mayores suertes de los rodeos ya las he trazado. Ahora caben algunas puntualizaciones. La apelación al *acto*, su cualidad de *acto* ("será así el movimiento de juego que <produce>, por lo que no es simplemente una actividad") es una de las claves de la *différance*. El remarque toca, en este momento, a la terminación *ance*. No hay que olvidar que ella en el uso del francés es una *voz media*, ni activa ni pasiva, sencillamente un acto extendido entre ambas. Desde ese "intervalo diferencial" (espaciamento que rompe la identidad de sí consigo misma de toda presencia) se podrá llamar *différance* a la "discordia activa, en movimiento, de fuerzas diferentes y de diferencia de fuerzas que opone Nietzsche a todo el sistema de la gramática metafísica, en todas partes donde gobierna la cultura, la filosofía y la ciencia" (*Marges de la Philosophie*).

Por el movimiento, el disloque y las intensificaciones que produce la *différance*, la noción y la ambición de la presencia en general *restan* disueltas. Asimismo caen sus imprescindibles acompañantes: la conciencia ("presencia para sí, percepción de sí misma de la presencia") y el sujeto, que jamás pudo pensarse sin referencia a una sustancia presente (upokeimenon, ousía, sub-jectum).

En el camino la *différance* deconstructiva ha borrado la ilusión de ser un nombre "adecuado" para ella. "Más <vieja> que el ser mismo... no tiene ningún nombre en nuestra lengua".

¿Y por qué no puede adquirir un nombre? Porque éste no tiene la posibilidad de rebasar la unidad nominal, la trama de identidades a que lo sojuzga el sistema de la lengua. De ahí que sea a condición de no-ser; no sólo "falta" o "carencia" de ser, sino lo *otro*, radicalmente *otro* que el ser. O para decirlo en palabras de Derrida, como "una cadena de sustituciones que difieren", **por** la cual ese "innombrable" genera las efectuaciones de las estructuras parcelarias, atómicas, llamadas "nombres". Sin embargo, a mi entender, la

²⁹ Para Derrida, dando un paso al costado de la acusación de "nihilista" que le endosa J.Habermas y otros, sostiene que tanto la *différance* como la *deconstrucción* son impensables "sin una afirmación... un sí originario que no es crédulo, dogmático o de asentimiento ciego, optimista, confiado, positivo, que es lo que viene supuesto por el momento de interrogación, de cuestionamiento, que es afirmativo" (*Sur la Parole*).

différance no ha "distorsionado" totalmente el valor de presencia que ella porta. Todavía en su escritura late una unidad virtual de significaciones; precisamente lo que se denomina "polisemia". La *différance* es "inmediata e irreductiblemente polisémica" nos asegura Derrida. Aunque, más tarde, al "diferir" (polemizar) con Austin, la resigna de manera definitiva en pos de la decisiva otredad de lo "indecible". Desde ahí remueve el *juego de marcas* que la caracteriza y su *tachadura originaria*, reinscripciones, falsas entradas y falsas salidas, gracias a las cuales impulsaba la transformación inédita—para una historia del pensamiento— de la "semiología general en gramatología" (*Marges*).

Dejemos aquí, es decir "allá", en esa aparente transposición del laberinto, una primera e inequívoca señal de lo que, según mi apreciación, hay que pensar *en y de la différance* tal como la concibe Derrida. *Espolón*³⁰ que abrirá cualquier estilo de abordaje deconstructivo, evitándole la creencia de haber encontrado un formulismo, las reglas del correcto proceder, o un método en cuanto estructura o procedimiento formal.

Facilitemos, con las palabras de Derrida, el proyecto de mutación y el nuevo *signo* que sobrevendrá en el mismo corazón de la *différance* y de la manuable *deconstrucción*; así como en sus dislocamientos, indagaciones y operaciones. Justo en *De la Gramatología* se anuncia: "El porvenir sólo puede anticiparse bajo la forma del peligro absoluto. Rompe absolutamente con la normalidad constituida y, por lo tanto, no puede anunciarse, presentarse, sino bajo el aspecto de la monstruosidad".³¹

Entonces, marca de lo *monstruoso*, lo monstruoso como régimen singular de toda *deconstrucción*, firma, archiescritura, pharmakon, huella, entame, margen, *différance*... ¿y dónde situar el último eslabón? Exactamente donde no está.

³⁰ De igual modo que *Espolones* marca los "estilos" de Nietzsche, los textos y su *fuera* trazan los del mismo Derrida.

³¹ Aunque "lo siniestro" (*Das Unheimliche*) freudiano sea el ejemplo más fuerte de "siniestro", ya que lo extraño habita en lo familiar, no debería recubrir a la "monstruosidad" como la formula Derrida. Sin embargo, esa es la tesis de Sara Kofman en *Un Philosophe <Unheimlich>*. La monstruosidad no se deja traducir fácilmente en lo siniestro; así como la negatividad tampoco, y sin más, en la negación (*Verneinung*) desplegada en el texto de Freud. Ambos conceptos —lo siniestro y la negación— tendrán que ser deconstruidos, lanzados a la *différance*, antes de ser operados en un nuevo contexto. Así se rompe cualquier anhelo de definitividad comparativa.

Por ahora —y quizás siempre— no nos apresuremos en definir nada, sobre todo porque ella aparece surcada por una tachadura similar a la que previamente alcanzaba al *es*. En silencio, del cual nace la música, deslicémonos junto al pensamiento que discurre frente al muro blanco e innombrable³² de Samuel Beckett, o de los "espaciamentos silenciosos" que hacen a la heterogeneidad de las escrituras y a la composición de las mismas: el injerto. Lógica del injerto, condición misma de la escritura, que resiste (permanece) en ella y hace a su composibilidad. Actúa incesantemente en sus operaciones, sea en eco, sea en un ejercicio de desocultamiento o en una práctica que la asume rechazándola.

Hemos llegado justo a una de las embocaduras del laberinto, donde en él se abocan la falsa entrada y la salida fallida. Ninguna otra cosa ha sido esta introducción *de* Derrida. He retaceado cualquier crítica a las argumentaciones sobre la *différance-deconstrucción* (una verdadera genealogía de Europa), porque ella misma debería ser puesta entre paréntesis antes de ejercerla. Quizás en algún otro texto, quizás a propósito de Marx. Tampoco he mencionado, salvo alusivamente, la "política" y el "politicismo" que conllevaría el desmontaje compulsivo que (des) realiza la problemática derridiana.³³

Más adelante habría que ser "justo", sin prisas ni atolondramientos, con ella. Un "justo" que escapa a la moral y a la idea de justicia que proviene del derecho. Será, o debería ser, en el punto exacto, una puesta a punto de su pensamiento sobre tales cuestiones (amistad, justicia, perdón, gue-

³² Lo *innombrable* no es sólo —ni apenas— lo que no se puede nombrar o no alcanza a expresarse. Es, si pudiera serlo, una relación con la ausencia de huellas, lo que en cada acción reproductiva o acto creativo, se llama (esa llamada a lo que no puedo sustraerme) *mi* muerte. De ese modo es probable que algo nazca, y hasta pueda convertirse en una obra, constantemente "abierta" por lo innombrable.

³³ En relación a la posición de un legión —anti y pro— derridiana que (des) ubica la acción política, situándola en un extraterritorio académico o celestial, subraya Derrida en una entrevista "Dicho esto, si el voluntarismo político me resulta sospechoso, sobre todo cuando adquiere las formas arcaicas de una lógica de la representación, no menos sospechoso me resultan el anti-voluntarismo o la explotación inmovilista y confortable que puede hacerse de sus <buenas razones>, así como la explotación mediante y suspensiva que puede hacerse (ardid de guerra, a veces, para combatir la necesidad de estos motivos y para volver a posiciones pre-críticas y reaccionarias) de los motivos de la *différance* o de lo indecible" (*Ja, o en la estacada*). Por otro lado no se puede olvidar que Derrida subraya, desde sus escritos más tempranos (p. ej. *De la Gramatología*), que el *logocentrismo* es una formación histórica inseparable del etnocentrismo occidental y de un proyecto colonialista.

rra, mentira, hospitalidad, lo fantasmático en política, etcétera), que exceden cualquier marco jurídico u organizacional.

A lo largo del trabajo se trató de hacer imaginable un veloz proceso digestivo de la *différance* y la *deconstrucción*, tratando de que el pareado repicará siempre en la cadena de sustituciones donde tiene sentido, sin que ella tenga un "adentro" o un "afuera", que sean diferentes (como lo es, por ej., la dualidad interno/externo) a los consignados por su propio movimiento. En éste, en una "lógica de doble-banda",³⁴ se deshace la unidad de los nombres tocados por la gracia y los fenómenos mediáticos.³⁵

De ahí que nuevos eslabones se van situando en la cadena, reemplazando, imantando, distribuyendo a los anteriores bajo diversas transfiguraciones —en un aquí y ahora inéditos, fuera de toda presencia— que el pensador francés apellidó "diseminación" y, en otro momento, "descelebración".

Es, un *es* sometido a tachadura, en la piel de este pensamiento monstruoso donde debemos inseminarlas, mezclando, llevando al límite, contaminando el origen y originalidad de un texto, una institución o una política, pues por simples que parezcan, son originariamente un entramado, una multiplicidad que es ignorada como tal. Entonces, no habrá otro final para la *différance* que diferir consigo misma y con los intentos por colmarla. Su afán es de abismo. Ni habrá otro fin u objetivo para la *deconstrucción* que el *sinfín* que puede ofrecer en el acto de deconstruirse a sí misma, es decir, de romper la fascinación de convertirse en la ilusión —operativa y explicativa— por fin alcanzada. Su utopía no puede ser coronada. Y así ocurrirá con todos los relevos y desvelos. Ahora si, ese *si* inteligente que Dionisio desliza en la oreja de su novia Ariadna, un colofón para un pensamiento que anunció su proyecto y su mayéutica, exiliando la de Sócrates. "Y digo estas palabras con la mirada puesta, por cierto, en las operaciones del parto; pero también en aquellos que, en una sociedad de la que no me excluyo, desvían sus ojos ante lo todavía innombrable, que se anuncia, y que sólo puede hacerlo, como resulta cada vez que tiene lugar un nacimiento, bajo la especie de la no-especie, bajo la forma informe, muda, infante y terrorífica de la monstruosidad" (*La Escritura y La Diferencia*).

Un pensador homónimo de su creación ha sido parido.

³⁴ Lógica moebiana, de doble-banda, opera en los textos derridianos: "efecto de *différance*".

³⁵ Por todas esas razones, que no se inscriben en "el orden de las razones", Derrida no piensa que *deconstrucción* "sea una palabra *afortunada*. Sobre todo, no es una palabra feliz" (*Psyché*).